



COMO MURIO EL ABANDERADO DEL BATALLON "NEIVA"

Doctor RAFAEL LUQUE GUEVARA

Quito y Santa Fé fueron los primeros focos revolucionarios iniciadores de nuestra independencia. Las mismas causas, los mismos ideales movieron a los patriotas de ambos centros y era inminente la necesidad de unirse y comunicarse recíprocamente todos los planes y movimientos tendientes al mismo anhelo: la liberación. Pero estaban separados quiteños y granadinos por el macizo andino y por sus pobladores los pastusos. Esa interposición de gentes de ideología no solamente distinta sino antagónica, fueron causa de tremendos desastres para la causa de la libertad; de cruentas batallas entre miembros de la misma patria y de grandes dificultades que demoraron la completa emancipación de España.

La ciudad de Pasto y todas las poblaciones que la circundan se sentían felices y satisfechas con el régimen en que vivían y bendecían y amaban sinceramente al rey, de quien se creían deudores de su tranquilidad y paz, siendo muy lógicos en su manera de pensar y obrar. Lejos de los inhóspitos manglares de la costa, vivían de sus propios recursos; no tenían nada que importar y exportar; fabricaban sus propias telas; sus huertos y sembrados, abastecían de sobra sus necesidades y los ganados criollos los nutrían for-

mándolos fuertes y robustos. Como eran sobrios no temían los monopolios del tabaco y aguardiente y como las importaciones y las exportaciones eran nulas no tenían por qué pagar las alcabalas. Qué necesidad tenían de mudanzas si se sentían y eran verdaderamente felices? Por qué rechazar al rey, que protegía su religión y los dejaba vivir en paz, cuidando del orden sin alteración ninguna? Pero por fatalidad para los vientos de libertad que soplaban de Quito a Santa Fé y a la inversa, a los pastusos no los convencían con discursos, palabras y promesas.

Inició la campaña de convencimiento Quito con una nota al cabildo de Pasto, muy mañosa, tratando de convencerlo de que el rey mantendría su soberanía, que le sería reconocida por todas las ciudades que entraran en el movimiento. Pero los pastusos no cayeron en el garlito, comprendieron los fines ulteriores y sin vacilar contestaron a la Junta de Quito llamándola "infame y revolucionaria" a sus sentimientos, "regicidas y sacrílegos". Por el lado norte, la Junta revolucionaria de Cali resuelve cambiar de táctica: les envía una expedición pacífica y como jefe de ella al benemérito doctor D. Joaquín Caycedo y Cuero, hombre civil, emparentado con las principales familias

de Pasto, quien enfáticamente les promete: "ser leales vasallos de Fernando VII y venerar la santa religión que profesamos". Condescienden cortesmente los pastusos, admiten al doctor Caycedo y Cuero y aun le permiten establecer allí su gobierno. Pero sobrevino un caso inesperado: las indiadas montañesas y los negros del Patía no entendieron esas gallardas actitudes de los dirigentes de Pasto y capitaneadas por un negro patiano, guerrillero y antiguo salteador de caminos, de apellido Caicedo, cayeron sobre la ciudad, tomaron preso al venerable D. Joaquín y a toda su oficialidad y gente. Este hecho repercute violentamente en Popayán y Cali; se atribuye a los pastusos en general, sin excepción de clases y se publican escritos violentos contra Pasto, como una nota que dice: "La ruina de Pasto ha llegado y esa ciudad infame y criminal va a ser reducida a cenizas". "Las tropas belicosas de las provincias conferedadas de la Nueva Granada reducirán a pavesas a Pasto y solo podría evitar su irremediable destrucción poniendo inmediatamente en libertad, las personas del Presidente, oficiales y soldados, pérfi-

DOCTOR

RAFAEL LUQUE GUEVARA

Graduado Dr. en Cirujía y Medicina, por la Universidad Nacional hace 40 años. Prestó sus servicios en la Sanidad Militar como médico del Batallón "Berbeo" en la época del conflicto con el Perú. Ha sido durante muchos años Profesor de Física, Idiomas y Anatomía, Fisiología e Higiene. Fue Director de la salacuna y del Hospital San Miguel de Neiva mucho tiempo.

Ostenta varias condecoraciones por sus servicios en el campo de la higiene en el Depto. del Huila. Amigo de la investigación histórica, ha dedicado a ella muchas horas de su vida meritoria que hoy trascurre entre las disciplinas del espíritu, al servicio humanitario y el efecto hacia quienes le rodean.

damente sorprendidos y entregando las armas". Tal el estilo de la nota que les enviaron.

Pero mientras en Popayán redactaban esas bravatas, las montoneras de patianos y pastusos envalentonados por su fácil acción contra el Presidente Caycedo y Cuero, resolvieron marchar contra Popayán. Esos fueron días angustiosos, porque si bien había milicianos armados, estaban carentes de un jefe que los acaudillara. En esos apuros se les presentó un dentista norteamericano llamado Alejandro Macaulay, que andaba por esas tierras en busca de clientela y quien aconsejó a los payaneses marchar contra las montoneras resueltamente con la seguridad de que serían desbandadas. Obligados por la necesidad a seguir los consejos del dentista rogaron a este que les sirviera de jefe y como lo había previsto, desbandó fácilmente las montoneras. Así Macaulay, de la noche a la mañana, surgió como el "Angel Libertador de Popayán" y jefe indiscutible de sus fuerzas. Se le nombró Inspector General de las armas de la provincia de Popayán y se le asignó un sueldo de mil quinientos pesos "por ahora". Así lo dice el oficio de nombramiento.

La primera operación que debería emprender Macaulay sería la de marchar a destruir a Pasto y libertar a D. Joaquín de Caycedo. Sale en efecto, a la cabeza de cuatrocientos hombres pero las montoneras pastusas lo detienen en el Junambú y le diezman sus efectivos; logra sin embargo llegar hasta los Ejidos de Pasto y firma una capitulación concebida en términos ambiguos. Macaulay no se preocupó, absolutamente, en poner en salvo al benemérito D. Joaquín; lo atraía, irresistiblemente el amor a la linajuda y bella hija de D. Toribio Montes que residía con su padre en Quito. Resolvió salir

furtivamente de Pasto en una noche tenebrosa, acompañado de algunas de sus tropas payanesas. Pero los pastusos no dormían, apercebidos de su marcha lo atacaron, dispersaron sus fuerzas y lo tomaron prisionero. Macaulay apela a los términos de la capitulación, pero no se ponen de acuerdo los jefes pastusos en el sentido exacto de ellas y consultan sobre lo mismo a D. Toribio Montes a Quito, el cual responde: "Que siendo muy difícil de resolver el caso, para abreviar es mejor ir fusilando, por ahora, a los prisioneros, mientras se logra la interpretación exacta". Obedecieron los pastusos las órdenes del jefe español fusilando a Caycedo y Curo y Alejandro Macaulay, quienes de esta manera alcanzaron el título de promártires de nuestra independencia, ya que encabezaron la interminable lista de los que regaron con su sangre el árbol de nuestra libertad.

Pero si bajo el punto ideológico no se pudo convencer a Pasto, más difícil y casi imposible fue someterlo militarmente. Todas las expediciones fracasaron siendo el desastre más ostensible el del Gral. Nariño, de todos conocido. Zona contorciónada por fenómenos geológicos, llena de grietas profundas, de un abismo tenebroso como es el Patía; de elevadísimas montañas cuyas laderas, con subsuelo de piedra pómez están sujetas a deslizamientos; de torrentes impetuosos e invadeables como el Guáitara y el Juanambú y coronando la convulsa comarca el volcán de Pasto o Galeras, de 4.266 metros de altura. Esta mole ciclópea, intermitente en su actividad, extiende sus faldas en forma de contrafuertes coronados de rocas inaccesibles y cortadas a trechos por profundas cañadas por donde corren impetuosos caudales de agua. Al lado occidental del volcán corre el Guáitara torrentoso que busca perderse en los abismos del Patía. Al lado oriental del

volcán se extiende la más alta altiplanicie, de tierras feraces y belleza incomparable en donde está edificada la ciudad de Pasto.

Se comprende fácilmente que a esos lugares nadie podría entrar por la fuerza. De allí que las tropas españolas, derrotadas o acorraladas sea del valle del Cauca o sea de la región de Quito buscaran siempre refugiarse en Pasto, donde se sentían seguros, amados y favorecidos. Primero Tacón, luego Sámano, D. Toribio Montes, el propio Aymenrich, cuando no se sentía seguro en Quito volaba a refugiarse en Pasto. Bien conocían el Libertador y Sucre esa insalvable dificultad que les obligaba a dar a las tropas el gran rodeo para marchar por Buenaventura y el Pacífico a salir a Guayaquil y evitar un seguro fracaso si trataran de buscar la más rápida salida por Pasto. D. Basilio García, jefe español de los más sagaces y valerosos, buscando el apoyo material y moral de los pastusos se había situado precisamente en Pasto para impedir toda comunicación entre Sucre y el Libertador; contaba con 2.000 soldados veteranísimos que habían hecho las campañas de Venezuela en tiempos de Morillo; había tenido tiempo y espacio para escoger las más formidables posiciones conocidas en las rocas de Cariaco o Bomboná, contiguas a Pasto. En esos mismos momentos el Libertador emprendía su memorable campaña de 1822 tendiente a unirse y reforzar a Sucre quien dirigía las operaciones en el Ecuador. Su plan de salir por Buenaventura y el Pacífico para desembarcar en Guayaquil se vio súbitamente frustrado con la noticia de haber atracado en dicho puerto la escuadra española mandada por el General Mourgéon, quien se dirigía a Quito con sus tropas a encargarse de la Presidencia para la cual había sido nombrado.

El nuevo problema que se le plantea-

ba al Libertador era de los más difíciles, pues le tocaba intentar y realizar lo que ningún otro había realizado antes. Debía pues, entrar a Pasto a viva fuerza y desalojar a un enemigo atrincherado y parapetado en las inaccesibles posiciones.

Resuelto el nuevo plan, el Libertador reorganiza su ejército en Popayán y ordena al Teniente Coronel García, jefe del batallón "Neiva", que ya no siguiera a incorporársele por el Valle, sino que trasmontando la cordillera por Guanacas, cayera a reunírsele en Popayán. Allí habían llegado los batallones venezolanos y los de cundinamarca, reunió cerca de 3.000 soldados aunque muchos de ellos enfermos y agotados por las largas marchas. A nadie, mucho menos al Libertador, se le ocultaban las dificultades casi invencibles y lo sangrienta que sería esta batalla para los patriotas a causa de la formidable posición del enemigo y en donde no podría obrar la caballería, arma predilecta y decisiva en todas las batallas del Libertador.

Reunido el ejército en Popayán, conscientes los oficiales y soldados de la terrible batalla que se les esperaba, en donde seguramente perderían la vida la mayor parte de ellos, procedieron a organizarse para marchar contra el enemigo.

El General Manuel Antonio López, combatiente en esa jornada y testigo presencial de los acontecimientos que la precedieron, refiere lo siguiente, que relata D. Luis Capella Toledo y que merece copiarse textualmente para ser recordado por todos los descendientes del glorioso batallón.

"El Libertador, como de costumbre, antes de abrir operaciones, reorganizó el ejército; dio el nombre de "Vargas" al batallón Neiva, y lo colocó igualmente que al Bogotá, entre los cuerpos de

la guardia que eran de su predilección".

Por la noche, los oficiales del Vargas y Bogotá, celebraban con un baile el honor que se les había discernido; pero como nunca faltan malos caracteres en reuniones numerosas, la conversación, que en un principio rodó jovial y tranquila sobre temas obligados, tomó después un carácter analítico.

Los oficiales del Bogotá, querían saber por qué el Libertador había dado al Neiva el glorioso nombre de Vargas, cuando ningún cuerpo de tropa neivana había combatido en el Pantano.

Por desgracia Bolívar no estaba presente para explicarlo todo con una palabra; bien que en su presencia, jamás se hubiera suscitado tan ingrata cuestión.

La música rompe.

Las preguntas impertinentes y las respuestas que no satisfacen, se ahogan en las dilataciones de la armonía.

Emilia está de pies.

Dós jóvenes oficiales se la disputan.

Casta paloma estrechada en un círculo de alamares brillantes, botones dorados, aceros bruñidos!...

El uno, mirémoslo bien: alto, delgado, bien hecho; los cabellos, su fino bigote y sus ojos grandes, parece haberle robado a la noche todo su color por ausencia de la luz!...

El otro, blanco, menos bien conformado, peinado por el sol, y como si mirara a la aurora para darle gracias por los tintes que reflejaba en su rostro...!

¡Bendita Independencia la nuestra, que de todo tuvo!

—Es mi turno, señorita.

—Señorita, recuerde usted; mi turno es ahora.

Emilia tiembla.

No se decide.

El oficial moreno quiere apoderarse de la virgen payanés.

El rubio se lo impide.

Median sonrisas, gestos, miradas terribles.

Los padres de Emilia acuden en su favor; las parejas de baile se acercan; ruido, confusión, cesa la música...

—Tú eres un **Bogotá**.

—Y tú no eres **Vargas** sino **Neiva**.

Vaya con los insultos!...

El Libertador, airado, prohibió el duelo al siguiente día.

Puesto que son ustedes, les dijo, los **abanderados** de los batallones **Vargas** y **Bogotá**, luzcan su valor en el día de la batalla, que no en estériles reyertas; y yo perdonaré a aquel de ustedes que mejor haya cumplido con su deber...

Vino Bomboná!

La batalla más sangrienta, relativamente, de todas las de la Independencia!

Entran los cuerpos.

Vargas y Bogotá pasan el puente.

Caen Torres, Carvajal, París, Luque, García, Galindo, Valencia, ... Todos los jefes de vanguardia están fuera de com-

bate, y la División trepa por la loma, porque adelante van las banderas de la patria.

El General Bolívar se declara vencedor, porque el enemigo abandona el campo!

“Al día siguiente Don Basilio García dirigió al Libertador una atenta comunicación, manifestándose sensible a la pérdida que había sufrido el ejército libertador en la batalla de Cariaco (Bomboná), y remitiéndole las banderas de los batallones **Vargas** y **Bogotá**, que recogió del suelo cuando los **abanderados** y cuantos les rodeaban quedaron tendidos en el campo, al pie de sus parapetos y abatidos”.

En ella D. Basilio se expresaba así:

“Remito a V. E. las banderas de los batallones **Vargas** y **Bogotá**. Yo no quiero conservar un trofeo que empaña las glorias de dos batallones de los cuales se puede decir, que, si fue fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos”.

Dice O'Leary que el Libertador ocupó el campo de Bomboná no para celebrar el triunfo sino para lamentar la preciosa sangre que había costado. La División de vanguardia, entre muertos y heridos perdió los dos tercios de su fuerza y entre los últimos casi todos los jefes.

En tiempo de paz, el espíritu es, simplemente, la disciplina; pero, en cuanto un ejército se mueve en pie de guerra, y la fatiga y el peligro empiezan a poner a prueba su constitución, se desarrolla, por encima de la táctica, de la ordenanza y de la misma disciplina otro elemento puramente moral y local, imposible de reducir a fórmula, que se llama, a falta de otra denominación, espíritu de las tropas.

General, José Almirante Torroella.